

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. — Ultramar y Extranjero, 4,50 pesetas año. — Número suelto, 40 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

¿SI YO FUERA PAPA!

¿Qué ocasión más hermosa se le presenta al Sumo Pontífice para ganar las simpatías del mundo á favor del catolicismo!

En vez de esa Encíclica que se anuncia en favor de la paz y que producirá el mismo efecto que han producido las Encíclicas en pro de los obreros, León XIII podría intervenir de una manera activa en favor de los boers. Si tal hiciera, aun los mismos que combatimos el catolicismo le rendiríamos un tributo de admiración, y los enemigos más recalcitrantes de que la Iglesia se mezcle en las cosas terrenales, harían caso omiso de sus opiniones en consideración á la bondad de la empresa.

Además, la Iglesia no debe mezclarse en las cosas terrenales cuando se trata sólo de intereses mezquinos ó de luchas políticas, pero intervenir en favor de la paz, practicar gestiones para impedir que perezca un pueblo, emplear su influencia á fin de que no prevalezca la iniquidad, es tarea propia de su ministerio, y nadie, absolutamente nadie más que los imperialistas ingleses podrían censurar su intervención.

La misma circunstancia de que los boers no son católicos produciría más efecto en todas las personas imparciales, y muchos, muchos herejes tendrían que reconocer la superioridad de una institución que, sin mira alguna interesada, sólo persiguiendo el triunfo de la justicia, arrostraba las iras de una nación poderosa, en defensa de un pueblo de ideas religiosas distintas á las que representa el Pontífice romano.

Si yo fuera Papa prestaría un gran servicio á la religión y ganaría para el catolicismo todo el Africa del Sur, pero no me limitaría á escribir Encíclicas sino que mandaría á los católicos ingleses se abstuvieran de intervenir en una empresa infame y cruel. ¿Que algunos católicos ingleses optaban por abandonar la religión romana á obedecer los decretos del Papa? ¡Y qué! Los protestantes verdaderamente cristianos de todo el mundo comprenderían la superioridad del obispo de Roma; los irlandeses que combaten la opresión inglesa y que son los verdaderos católicos en la Gran Bretaña, afirmarían su fe en una religión que daba tales muestras de amor á la justicia y á la humanidad.

Si yo fuera Papa, me dirigiría á Rusia, la enemiga declarada de Inglaterra, y á Francia, su aliada, no menos enemiga de la avasalladora Albión, y á las dos unidades les excitara á que tomasen la defensa del heroico pueblo que se bate en el Transvaal.

Si yo fuera Papa, me dirigiría al Centro católico de Alemania, uno de los partidos más poderosos del imperio, y le excitara á que exigiera al emperador coadyuvar á la obra civilizadora de salvar esas repúblicas que están dando pruebas de heroísmo.

Si yo fuera Papa, me dirigiría al rey de Italia y le diría: «Yo renuncio á mis aspiraciones sobre el poder temporal de Roma, yo reconozco el reino de Italia, pero este reino ha de tomar la defensa de los boers.

Si yo fuera Papa, me dirigiría á la católica Austria y á la archicatólica España exigiéndoles que se pusieran á la cabeza de esta cruzada mucho más hermosa que aquellas de la Edad Media promovidas para rescatar Jerusalem.

Si yo fuera Papa, removería el mundo todo, Europa y América, para colocarlo frente á Inglaterra y salvar la independencia de esas dos diminutas naciones que van á ser sacrificadas á la ferocidad inglesa.

¿Qué podría perder? El afecto de unos cuantos centenares de católicos ingleses; pero en cambio ganaría la admiración de los hombres de buena voluntad de todo el mundo civilizado, escribiría en la historia una página gloriosa, y en el porvenir, cuando nuevos pueblos se funden en el Africa Austral y sacudan el yugo inglés, siempre se recordaría en aquellas regiones, que la Iglesia católica, que el sucesor de San Pedro era el que más había trabajado por la independencia y la libertad de sus ascendientes.

Es esta una empresa santa por su fin

y en la que la Iglesia si ganaba, acrecía su poder; si perdía, quedaba coronada de gloria. Los más incrédulos reconoceríamos que el Pontificado sirve para algo y ejerce una influencia bienhechora en la marcha del mundo.

¡Qué hermoso ensueño!... ¡y qué triste realidad!

León XIII, ó mejor dicho, el cardenal Rampolla, tiene en cuenta que los protestantes ingleses, aunque pocos, son ricos y contribuyen de una manera espléndida al dinero de San Pedro. León XIII, ó mejor dicho, el cardenal Rampolla, tiene miedo á una nación poderosa como Inglaterra y prefiere cruzarse de brazos y presenciar impávido el gran crimen conque va á inaugurar-se el siglo xx.

¿Vean ustedes cómo un incrédulo podría prestar más servicios á la religión católica que los que dicen velar tanto por su conservación y prosperidad.

Si yo fuera Papa, aseguraba el influjo del catolicismo por más de un siglo sin necesidad de recurrir á la influencia de los jesuitas ni á los milagros de Lourdes.

Pero las instituciones caducas es imposible que den muestras de vigor y energía.

Entre un pueblo que no tiene poder y una nación que cuenta con numerosísimas escuadras, el Papa se decide por escribir Encíclicas en favor de la paz para recreo y solaz de Chamberlain y de Salisbury.

CAZALLA

DENUNCIAS

«El último número de «El País», «El Morix», «Progreso» ó «Vida Nueva» (son los que están ahora en tanda) ha sido denunciado. Sentimos el percance del colega.»

No todos los que leen el suelto que antecede á otros semejantes, que menudean en las columnas de la prensa, se dan clara cuenta de la enormidad jurídica que, en la inmensa mayoría de los casos, encierra el hecho consignado en esta sencilla noticia.

El procedimiento de que se valieron en un principio los gobiernos para impedir los desmanes de la prensa, fue sencillo y expeditivo. Un censor leía los periódicos antes de su publicación, borraba lo que le parecía mal y no dejaba trascender al público sino aquello que tenía por conveniente. Este sistema ofrecía los caracteres de todo lo preventivo. Mediante él se alcanzaba el reposo á expensas de la libertad y el sosiego á costa de la vida. La tranquilidad de la censura, como la del despotismo, era la tranquilidad de la muerte.

Los mismos conservadores hubieron de reconocerlo así, y el sistema cayó en el descrédito. Sólo el hombre del morrión, el progresista degenerado, el artífice de la gran mentira liberal, osó resucitarlo después de medio siglo de muerte y enterrado. A la censura sucedió la multa, suspensión y supresión de los periódicos á arbitrio de la autoridad. En este primer ensayo de sistema represivo no sufría las iras del poder ningún ser de carne y hueso, sino el ente periódico, la colectividad empresa. He aquí su única ventaja. En cambio la vida de la publicación dependía en absoluto de los caprichos del poder. Indirectamente se lograba así el mismo resultado que con la censura: amputar la lengua á la opinión. Y además, desde el punto de vista jurídico, castigar al periódico, que es sólo un instrumento, y no al autor del presunto delito, resultaba tan absurdo como le sería imponer multa á una ganza ó llevar á presidio á una navaja de Albacete.

De esta consideración nació el sistema represivo número dos. «Ya no hay legislación especial de imprenta», dijeron los liberales más ó menos auténticos. La prensa queda, de hoy más, sometida á la ley común. Es un instrumento como otro cualquiera, del cual se puede usar ó abusar. El abuso será penado, según el Código. El delincuente de pluma en nada esencial difiere de otro delincuente cualquiera. Así, pues, tú, escritor, si eres hombre de bien, escribe con plena libertad, con entera confianza, seguro de que, á fuer de honrado, jamás incurrirás en pena. El Código penal sólo á los criminales castiga. La virtud no tiene para qué temer al presidio.»

«Hay nada más justo? El escritor público no podía pretender la exención de la ley penal, común á todo ciudadano. La prensa puede servir para cometer delitos, como se puede perpetrar un asesinato con el fúculo de un obispo. No hay libertad verdadera fuera de la ley. No ha de ser el periódico un instrumento privilegiado á cuya sombra se ampare el exceso. No ha de quedar la sociedad indefensa contra la procaacidad, la calumnia, la rebeldía. La libertad de la prensa no puede consistir en sancionar la impunidad.»

Pues todo ello es pura farfandula. En el noventa y nueve por ciento de los procesos de imprenta, lo que el poder en el periodista persigue no es un delito de verdad, sino una transgresión de las conveniencias políticas de los que mandan. Hay delitos de actualidad, crímenes de moda. Hoy es penable lo que ayer era lícito. Lo que en una provincia es derecho, es en otra culpa. Un intervalo de veinticuatro horas, una distancia de diez kilómetros bastan para cambiar el sentido de la ley. El Código es un Proteo que se transforma á medida de los accidentes que van surgiendo cada día. Unas veces el legislador, espantado, se toma la molestia de crear un delito artificial para perseguir la propaganda teórica del anarquismo. Otras contemplamos con pena al fiscal del Supremo, dando tormento á su propio cerebro y á los textos, para declarar delito penable la resistencia al pago de los tributos. Por lo común la autoridad se deja de requirimientos y denuncia y persigue, según le acomoda. «No es esto una engañosita? «No habíamos quedado en que sólo serían perseguidos los verdaderos delincuentes? «A qué puede conducir ese sistema hipócrita si no es al desprestigio de la ley y de los encargados de aplicarla? «No sería más sincero, más leal el declarar que no cabe en lo posible dejar sometida la prensa á las solas prescripciones del Código, sino que ha de estarlo, en primer término, al arbitrio gubernamental, dueño de ahogar ó apretar los tornillos en cada punto, en vista de todas las circunstancias de lugar, tiempo y ocasión?»

Ni está en esto toda la falsedad de tal sistema.

A cada denuncia acompaña el secuestro del número denunciado. Como los dependientes de la autoridad no se duermen en las pajas, esta medida produce para el periódico los más desastrosos efectos. Causa á la empresa un perjuicio pecuniario equivalente al de la multa. Incomunica al periódico con sus lectores al igual que la previa censura. Mata á la larga indefectiblemente á la publicación recalcitrante que no puede resarcirse de sus quebrantos con el favor de un público á cuya mano no llega. Todo esto independientemente de la prisión, fianza, proceso, sentencia y presidio. Y vean ustedes por qué ingenioso procedimiento se logra saquear á los periódicos, bajo capa de libertad, á todo lo que hay de más odioso en los sistemas restrictivos y reaccionarios: multa, suspensión, supresión, censura.

«Se dirá que no es posible, en términos de ley, dejar consumarse el delito con la publicación del periódico delictuoso? Tocaba ciertamente al legislador haber elegido entre la prevención y la represión y no adoptado un sistema híbrido que reúne lo que hay de más duro en una y en otra.

Pero, en fin, cuando la ley resulta injusta, la equidad debe venir en la práctica á dulcificar sus rigores. «Summum jus summa injuria». La aplicación rígida del derecho escrito podría dar lugar en el caso á peregrinas consecuencias. Son autores de un delito, á tenor del Código, cuantos á él cooperan por un acto sin el cual no se hubiera efectuado. Conforme á esta definición, no sólo el que escribe un artículo denunciado es autor de un delito de imprenta; lo son también el propietario ó empresa que paga al periodista, el cajista que compone el trabajo, el regente que ajusta el número, los vendedores que lo vocenan, los repartidores que lo llevan á domicilio, y supremamente el público que le compra ó paga la suscripción, y sin cuyo apoyo nunca el tal periódico delinquiría. Esto prueba cuán estricta debe ser en ciertos casos la interpretación de la ley. Si se diera á la definición del Código una interpretación extensa, el padre de todo delincuente sería coautor en el delito de su hijo, el cual, de no ser engendrado, jamás hubiera delinquido. Y ascendiendo de causa en causa llegaríamos á la enormidad de atribuir todas las culpas á la causa suprema que sacó al mundo de la nada.

Todo ello tiene fácil remedio. No hay necesidad de modificar la ley ni de violentarla en su aplicación. Para curar los excesos del poder existe la gran medicina de la responsabilidad. Responsabilidad, se entiende, real y efectiva, no nominal y de apariencia. Responsabilidad concreta, definida, exigible en cada caso, no la vaga é indecisa que resulta de la aplicación de un principio general de derecho. Hacer responsable al poder es toda la obra de la revolución. Un poder irresponsable, grande ó pequeño, desde el del Cesar al del vigilante de consumos, es siempre por naturaleza un poder arbitrario. Que á cada denuncia infundada, equivocada, errónea, desautorizada por la sentencia absolutoria del tribunal competente, siga sin demora el pago de la indemnización de los perjuicios irrogados. ¡Ha de pagar esa indemnización el funcionario denunciante! ¡Ha de pagarla el Estado en cuyo nombre se hizo la denuncia! Tanto monta. ¿Yo que no cabe en lo posible es que se cause así á los ciudadanos, sin reparación alguna, un perjuicio inmotivado, y eso á nombre y por órgano de la justicia que tiene como lema dar á cada uno lo que es suyo. En los países civilizados la ley ordena indemnizar el daño causado por cualquier error judicial. Con mayor motivo debe dar lugar á indemnización aquel error que no ha nacido de una equivocación de hecho, de una prueba engañosa, de un falso testimonio, de una apariencia falaz, sino de una apreciación libre y de un juicio enteramente personal.

ALFREDO CALDERÓN

A nuestros diputados

En el penal de San Agustín de Valencia están cumpliendo condena unos cuantos honrados labradores, de poca mente y mucho corazón (frase de Castrovido) que se sublevaron excitados ó seducidos por no sé quién.

Proclamaron la República en Catadau, y, mal armados, se pasearon por la huerta hasta que los dispersó la guardia civil.

No robaron, no mataron, ni siquiera lesionaron á un guardia en la escaramuza sostenida con la benemérita, dice el escritor antes citado. Y por un delito de rebelión que casi puede considerarse frustrado, han sufrido nada menos que estas penas: dos años de prisión preventiva, la miseria de sus familias y ahora una severísima condena (el jefe á reclusión perpetua y sus diez ú once compañeros á ocho años de presidio).

Los republicanos de la provincia hacen lo que pueden en favor suyo, pero sus pobres familias se mueren de hambre; y como se está trabajando por el indulto, Castrovido pide á *El Liberal*, *El País*, *Progreso* y *El Motín* que secundemos la idea para recordársela á la minoría republicana, diciendo á este propósito:

«Aquí, donde periódicamente se indulta á verdaderos criminales, es un deber pedir se indulte á hombres honrados.

¿Que delinquieron? Sí; pero su delito fué tan leve, que por esto ha sido tan severamente castigado. En pronunciamientos, levantamientos de partidas, rebeliones y motines, se castiga únicamente al que no triunfa ó al que no hace mucho daño.

Si la rebelión dura un día, á presidio van los rebeldes, si es que no son fusilados en montón como sucedió en la Saleta. Mas si la guerra civil dura años, entonces se reconocen grados y empleos, se paga la sumisión á buen precio y se dan empleos y mercedes á los sometidos.

En una nación en la cual casi todos los generales han ascendido pronunciándose y casi todos los hombres civiles han subido en política conspirando, es injusto cebarse, ser implacables con los que formaron la partida de Catadau.

Hace más palpable la injusticia de esa severidad el recuerdo de los pactos que desde

Vergara á Biacnabató han servido para suspender las hostilidades en nuestras guerras civiles. Si aún se paga á los convenidos en Vergara, si con Sanguilly y Calixto García se procedió como nadie ignora, ¿no es cruel, injusto, inhumano, tener más tiempo en presidio á once labriegos, reos de estos dos únicos delitos: la ignorancia y el entusiasmo?

Más que castigo, premio merecen unos hombres que se alzaron en armas creyendo á todos los españoles tan dignos, tan patriotas como ellos. Porque la ignorancia de los autores del levantamiento de Catadau consistió en creer á España dispuesta á sublevarse en son de protesta contra las vergüenzas de la guerra con los Estados Unidos.

El señor Silvela ha escrito ó dicho no recuerdo ahora dónde ni en qué ocasión, que le parecía imposible que después de la catástrofe no hubiera sido derribado ni siquiera el gobierno que suscribió el tratado de París. Y robustecía su aserto el presidente del Consejo recordando lo sucedido en otras naciones en circunstancias iguales ó parecidas.

Pues bien; los autores de la botaratada de Catadau (así calificó Sagasta á lo de Sagunto) se asombraron como el señor Silvela de la pasividad del país. Le juzgaron mejor de lo que es; creyeron, como el jefe del gobierno, que después de la catástrofe ocurriría lo que en Francia después de Sedán, é iniciaron un movimiento revolucionario.

¿Puede ahora el presidente del Consejo negar el indulto á los únicos españoles que procedieron de un modo lógico en aquellos momentos?

Creemos que no lo negará; pero hace falta pedirselo, recordárselo, hostigarlo, y á esto es á lo que excito á mis respetables amigos los diputados de la minoría republicana y á mis queridos compañeros los periodistas republicanos.»

Como Castrovido ha agotado los argumentos en que puede basarse la petición de indulto, únicamente me ha dejado el recurso de unir mi voz á la suya, para rogar á los diputados republicanos tomen este asunto con el empeño que es preciso para alcanzar aquí una gracia de esa índole; en la seguridad de que, si lo hacen así, la gracia será concedida, dadas las circunstancias del caso; gracia que ciertamente no alcanzaría la prensa por sí sola, pues en España, para conseguir algo de los gobiernos, hay que ser diputado, ó fraile, ó accionista de una gran empresa.

Síntesis del sermón largado por el Pae Medina en San Juan de Letrán, de Jerez:

«La prensa es la peor de todas las cosas inventadas, porque hace mucho daño.»

«Los periodistas son unos pillos, unos indecenes, unos infames, unos bribones.»

«El pueblo no necesita instrucción, ni le hace falta para nada: no debe haber escuelas ni maestros: las escuelas deben ser los templos y los maestros los frailes.»

Se dirá que ese Padre es bruto, pero no podrá negarse que es franco.

Habla de la prensa como los ladrones hablan de la guardia civil.

CARIDAD CRISTIANA

No pasa día sin que se registre un caso acusador del horrible pauperismo de que adolece nuestro país, especialmente esta capital donde se reúnen los mayores elementos de poder y de fortuna de España.

Aquí donde los poderes públicos y la gente de posición desahogada alardean más que en ninguna parte de estar saturados del espíritu del cristianismo que tanto recomienda la caridad, el amor al prójimo, el desprecio de los bienes terrenales y los actos de piedad, es donde los verdaderos indigentes, los que más ruda y desesperadamente luchan por la existencia, tienen menos amparo, y donde con más frecuencia se repiten los hechos que ponen de relieve lo difícil y penoso de esa lucha y el abandono en que se hallan los que quizás, ateniéndonos al espíritu del cristianismo, están destinados con sus lacerias físicas y morales á ser el estímulo que avive los sentimientos caritativos de los poderosos, dándoles así pretexto para que cumplan uno de los deberes que les impone la religión en que dicen conular.

Pero no; nuestro católico Estado y nuestras no menos católicas clases pudientes prefieren pagar enormes sumas de millones para el sostenimiento del culto y ministros de una religión cuyo fundador fué enemigo de toda clase de pompas, vanidades y ostentaciones, á remediar la situación precaria y desdichada del prójimo, organizando la vida social en forma que no puedan haber tamaras desigualdades é injusticias como las que supone la existencia de seres humanos que pasan la vida sufriendo hambres y miserias de todas clases, en tanto que otros gozan y triunfan y atesoran lastre que ha de servirles de impedimento para lograr la bienaventuranza que Jesucristo prometió á los pobres al mismo tiempo que decía que es más difícil que un rico entre en el reino de Dios que un camello por el ojo de una aguja.

Pero de estas máximas hacen tanto caso los católicos ricos como de las lluvias de antaño.

Crean, sin duda, tanto el Estado como las gentes que se llaman piadosas, que la situa-

ción de los indigentes se alivia sosteniendo de mala manera cuatro asilos inmundos, ó dando dos céntimos á los pobres, la mayor parte bigardos y haraganes, que se sitúan en las puertas de las iglesias, como si la verdadera pobreza, la miseria horrible, la que aniquila el cuerpo y envenena el alma fuera esa desvergonzada y cínica que se exhibe en las calles á todas horas y acosa al transeúnte... No; el pauperismo aterrador, el que conmueve é impresiona á toda conciencia recta, el que debiera preocupar al Estado, á los municipios y á las clases pudientes, si no miraran superficialmente este asunto que entraña tanta importancia para la vida y bienestar de los pueblos y para que se cumpla uno de los más justos mandatos de las leyes humanas, el pauperismo á cuyo alivio deberían tender todos los esfuerzos, es aquel de que adolecen las clases que, á causa de esta pésima, injusta é inhumanitaria organización social, se hallan sin elementos de vida, sin medios para obtener por el trabajo los recursos necesarios á su sostenimiento y sufren silenciosamente el hambre, el frío y toda suerte de privaciones en el rincón miserable falto de luz y de oxígeno que se llama hogar doméstico, devorando allí lágrimas amargas, consumiéndose á fuerza de padecimientos físicos y morales y maldiciendo desesperadamente de lo humano y de lo divino, iguales en crueldad y dureza para el desvalido.

Y no es esto declamar. Todos los días, á todas horas pueden observarse en Madrid casos diversos y numerosos de miseria de esa clase. Guardillas destartadas y cuchitriles inmundos donde agonizan familias enteras; el juzgado de guardia recogiendo el cadáver de un hombre muerto de inanición y de frío en un cuartucho obscuro sobre un montón de virutas infectas... Estos hechos á diario, los suicidios cotidianos por hambre y otros casos análogos llegan frecuentemente á conocimiento del público porque en ellos suelen intervenir las autoridades, y porque la prensa en sus secciones de noticias, como simple información, les dedica tres ó cuatro líneas.

Pero ¿y lo que ocurre y no se sabe por esas guardillas y sótanos, casas de vecindad y cuartos interiores que tanto abundan en Madrid para escarnio de la higiene? En esas mal llamadas viviendas, la miseria y el hambre se ceban continuamente, no en personas aisladas que dan el espectáculo escandaloso de morir-se al aire libre con la mayor desverguenza, sino en familias enteras cuyos individuos van paulatinamente, hoy un chiquillo de pecho raquítico, mañana otro mayorcito clorótico, á los dos meses la muchacha anémica que entró en la pubertad sin tener un glóbulo rojo en su sangre... y así los demás, desapareciendo del mundo de los vivos, conduciéndolos sigilosamente el furgón municipal al último, al único asilo donde el pobre y el desvalido descansa y deja de sufrir para siempre: al hoyo grande del cementerio del Este.

JOSÉ CINTORA

Nocedal, hortera

Habló el mamarracho integrista en el Círculo de la Unión Mercantil, y

Comenzó renegando del parlamentarismo y de todos los partidos políticos, lo mismo monárquicos que republicanos, afirmando que no podrá salvarse España si no se ruen dichos partidos.

(Igual que los comerciantes y productores de la Unión Nacional).

Lamentóse del deplorable estado de perturbación social á que nos han conducido los partidos políticos, y dijo que aquí se lleva á la cárcel á los infelices *rafas* por robar un pañuelo, y en cambio se deja pasear impunemente á los que han robado millones.

(No dicen otra cosa los de la Unión.

¡Ah! Nadie pidió la palabra para protestar contra el último concepto).

Aplaudió los propósitos del nuevo partido de Unión Nacional, si bien manifestó que tendría que sostener una lucha encarnizada con los partidos políticos, y que en esa lucha sería derrotado.

(Exactamente lo mismo que sostienen los aspirantes á redentores).

Recomendó al nuevo partido que emprendiera una campaña vigorosa en las elecciones, para llevar al Parlamento los verdaderos representantes del país y no los representantes de los partidos políticos.

(No aspiran los de la Unión á otra cosa).

Manifestó que el primer artículo en el programa del nuevo partido debía ser la justicia, indultando á los que roban por satisfacer la necesidad del hambre y llevando á la cárcel á los ladrones de levita y frac.

(Aquí metió la pata hasta el cuadril la cocotte integrista pintada, y no sé cómo los gremios de ultramarinos, panaderos y pescaderos no pidieron en el acto su cabeza. Valiente porvenir el suyo, el día que las víctimas de sus ventas pudieran sin riesgo apoderarse de lo necesario para saciar su hambre. Adiós orden social, que estriba precisamente en que haya categorías entre los que medran con lo ajeno).

Hizo algunas observaciones históricas sobre la historia de España desde el advenimiento de Felipe V hasta la Revolución de Septiembre, deduciendo que aquella revolución no trajo más libertades que la de la prensa y de la tribuna, que sólo aprovechaban a los vividores de la política, pero no trajo ninguna libertad positiva al pueblo español.

(Idéntica teoría a la que sostienen los señores que compran y venden, los carlistas, los curas y los frailes, cuatro entidades distintas y un solo clerical verdadero).

Dijo que todos los males de España tenían su origen en las ideas importadas de las demás naciones de Europa, que estaban tan corrompidas como nosotros, y que para buscar moralidad y patriotismo no acudiría a esas naciones, sino a los zulús, a los boers ó a los pueblos más incultos de África.

(En carácter, completamente en carácter.)

Lo que ignora es si eso del patriotismo lo entiende como el *Correo Catalán*, que dijo hace pocos días: «Más sagrado que la patria es el catolicismo.» Porque en este caso, me explicaría perfectamente la actitud de los catalanistas y la de las Cámaras de Comercio: «Nada contra el catolicismo.»

En suma, que me voy saliendo con la mía. El movimiento del Comercio es dirigido, directa ó indirectamente, por el clericalismo, como lo es el catalanista. Perturbar, aunque España perezca, con tal de que se salve el catolicismo, que es más sagrado que la patria. Así piden economías en todos los organismos, menos en la Iglesia.

Han sido muy torpes al asomar tan pronto la punta de la oreja esos correccionarios de Necedal disfrazados de reductores.

La esclavitud eclesiástica

De cuantas desigualdades sociales existen, de cuantos abusos irritantes se realizan, ninguno es comparable con el que se desarrolla en el seno de la Iglesia católica, pagada por el Estado.

Prevalece dentro de ella la ley de castas. Así como en la antigua India pasaba el brahman cubierto de seda y pedería, chorreando lujo, riquezas y ostentación, junto al sudra triste y cadavérico que no gozaba otro consuelo en la vida que el de rascarse las macilentas carnes acibilladas por los parásitos, dentro de la sociedad eclesiástica pasan soberbios y con hierática altanería el cardenal y el obispo, deslumbrantes de riqueza, cubiertos de oro que no es más que migajas del que guardan oculto en sus arcas, y con el aire que levanta su cola de seda hacen retroceder al cura de sotana remendada, al paria del clero bajo, al esclavo negro que no tiene otra esperanza que encorvar el espinazo, buscando por este medio salir de su mísera condición.

Todos son representantes de Dios en la tierra, todos gozan el privilegio de limpiar las almas y pueden cada veinticuatro horas ponerse en comunicación con la divinidad, haciéndola bajar á la mesa ante la cual ofician; y, sin embargo, unos comen pavos y otros alubias; unos visten de seda y otros van como mendigos hediondos; hay pías sagrados que se exhiben en coche con hebillas de oro sobre el empeño, y si se mueven es sobre alfombras, y otros se muestran por ahí, bajo la raída sotana, sacando al fresco los sucios dedos por las ventanas de los zapatos. Y todos, sin embargo, son representantes igualmente de Dios... ¡El demonio que entienda esto! Unicamente él puede comprenderlo, porque si Jesús resucitara por segunda vez, de seguro que no lo entendería, ya que sus discípulos, los verdaderos fundadores de esta Iglesia, poco más, poco menos, todos iban vestidos lo mismo y lo mismo comían.

Los cuarenta y dos millones de pesetas que en España consume el presupuesto del culto y clero se reparten del siguiente modo:

Llegan los cardenales, arzobispos, obispos, canónigos, catedrales, seminarios y tribunal de la Rota, en una palabra, lo que se llama alto clero, y de un tirón se llevan dieciocho millones; casi la mitad del presupuesto. Y los veinticuatro millones restantes han de repartirse entre 17.000 párrocos, 5.000 coadjutores y 20.000 sirvientes.

Total: que en el banquete eclesiástico el alto clero, que tiene unas 3.000 bocas, se lleva lo mejor, y el clero bajo, que consta de 42.000 bocas, ha de contentarse con las migajas.

Mientras los individuos del alto clero cobran del Estado proporcionalmente unas 6.000 pesetas anuales por individuo, los de abajo, que son los que más trabajan, vienen á salir á unas 100 pesetas por bonete. Y esto sin contar la gran diferencia que existe entre las obvenções que cobran á los devotos unos y otros.

¡Hay injusticia y desigualdad más irritantes! Se arruina el Estado pagando un presupuesto religioso que apenas puede sostener para que los católicos estén bien servidos en sus necesidades religiosas, y, sin embargo, el cura de abajo que está en contacto con ellos, el que les bautiza los hijos, les casa, les enterra ó les dice la misa los domingos, es un muerto de hambre que cobra menos que un guardia de consumos ó un barrero, y que defendiendo su estómago por el ineludible imperio de la ley de la vida, muéstrase cicertero y avariento capaz de pelearse con el Padre Eterno por si le falta un real en lo que

él llama sus derechos. Y mientras tanto, los millones los devoran á manos llenas los individuos de sotana roja ó morada, esos que sólo dan señales de vida publicando alguna pastoral contra el liberalismo y el progreso ó exhibiéndose en las sagradas fiestas con un cucurucho de oro en la cabeza, tarea que debe ser fatigosísima, ya que por ella se cobran cuatro, seis y hasta ocho mil duros anuales.

¿Cómo es posible que el infeliz cura de abajo predique con tranquilidad que Jesús vino á establecer la fraternidad entre los hombres y la humildad evangélica, si al mirar su sotana raída ha de pensar necesariamente en las vestiduras de seda de Su Eminencia ó Su Ilustrísima, en las bandas y cruces con que cubre su sencillez de representante de Jesús, y en la misa cubierta de restos de festín, ante los cuales disertan los prelados sobre la gula de los fariseos y la frugalidad de los primeros apóstoles, que con un mendrugo seco y dos peces salados tenían bastante para ir predicando desde las orillas del lago de Tiberiade á las del romano Tiber?

Las diferencias sociales que produjeron la Revolución Francesa, la enorme desigualdad entre nobles y plebeyos son nada, comparadas con el desnivel entre el alto clero y lo que bien pudiéramos llamar curas rasos. Y, sin embargo, no surge la protesta. Con frecuencia artículos en los periódicos, obra de sacerdotes tímidos que se ocultan tras el pseudónimo: de tarde en tarde algún cura que, cansado de sufrir injusticias y con la mostaza en la nariz, se finge loco para largarle un tiro ó una puñalada al superior con mitra; pero ninguna acción colectiva, ninguna protesta unánime de los de abajo, ninguna revuelta en que las tejas mugrientas y los bonetes forrados de caspa vuelen como proyectiles contra esa opresión, la más tiránica, avarienta y descarada que se conoce en la sociedad. Y es que los seminarios, máquinas de trituración, fábricas de esclavos desfigurados al hombre dentro del molde de la obediencia servil, le hacen ser espía del compañero, considerar la delación y el chisme como un mérito; y cuando ese hombre lanzado á la vida se siente víctima, ahoga sus penas, no se atreve á confiarlas á nadie que vista como él, y se encierra en un aislamiento huraño, sonriendo aparentemente á su tirano, pero rugiendo por dentro con todo el reconcentrado odio del enuño moral.

¡Silencio absoluto en la Iglesia! El cura que cobra cinco reales está contentísimo de que su superior tenga miles de duros; bailarí si le dejaran como bailaban los esclavos por los buenos negocios de su amo. Y hemos de ser nosotros, que vivimos alejados del clero, los que digamos la verdad, los que reflejemos sus sentimientos, no porque tengamos ninguna comunidad de intereses, sino porque nos irrita esa desigualdad escandalosa, como nos indignan las desigualdades sociales en el trabajo, entre explotados y explotadores.

Lo lógico sería que la Iglesia viviese de los fieles sin ser gravosa al Estado. Pero ya que de éste cobra, es un crimen que nuestro dinero se reparta con tanta desigualdad, y que ciertos sacerdotes, por el hecho de ostentar una cruz en el pecho, una piedra en los dedos y unas borlas en el sombrero, cobren más que un ministro, mientras otros tan sagrados y santos como ellos no tengan más sustento que los residuos del banquete de los de arriba.

Si San Pablo, que era un apóstol de pelo en pecho, viese estas cosas, de seguro que se indignaría como nosotros.

—¿Para esto—diría—abominamos de la esclavitud? Fui yo el verdadero fundador de la Iglesia, y, sin embargo, entre sermón y sermón tejía telas. Para no ser gravoso á nadie me gané el pan y convertí á miles los gentiles; y esta gente, que tan cara cuesta, sólo consigue con su avaricia alejar á los que por su nacimiento estaban dentro de la Iglesia. ¡Maestro, baja otra vez, que nuestra obra se cae, roída en sus cimientos por los parásitos!

BLASCO IBÁÑEZ

¡Bien por ese cura!

Representóse el drama de Sarmiento (Gil Blas de Santallana) en el teatro Principal de Valencia, y alcanzó un gran éxito.

El argumento es de una sencillez encantadora; se reduce á demostrar que, cuando un jesuita entra en una casa rica (no van á otras), y comienza á hacer de las suyas, no hay medio de ahuyentarlo sino con exorcismos Smith.

La segunda noche entusiasmo más que la primera: consolaba á las personas honradas al ver con qué santo recogimiento saboreaba el público las bellezas literarias de la obra, se asimilaba sus piadosas máximas y reconocía y sancionaba con sus aplausos la justicia del desenlace. ¡Es un gran pueblo el de Valencia!

El elemento clerical bramando, mugiendo ó rebuznando de coraje, según el temperamento, la profesión ó el instinto de cada uno de los individuos, acude al gobernador civil, y éste, que hasta hoy había parecido hombre de relativa entereza y buen sentido, no se atreve á resistir, y ordena suspender las representaciones del drama, enviando éste al juez para que procesara á Sarmiento por supuestos ataques á la religión.

Este, que recibió una gran ovación en el teatro la noche que su drama fué suspendido, escribió esto al día siguiente:

MI PROTESTA

Protesto con toda mi alma de la calumnia que contra mí ha estampado el Gobernador de Valencia en el oficio que para suspender *La Marquesa* envió al juzgado.

Dice allí, que mi intención al escribir el drama fué escarnecer la religión católica, á lo que debo contestar y contesto, que me tengo y me he tenido siempre por mejor católico ochenata veces que el Sr. Díaz Merry; que ninguno de los obispos de España, que son los que tienen autoridad para dar patentes de catolicismo, me ha condenado ni declarado fuera de la Iglesia, y, por lo tanto, lo dicho por el Gobernador es una injuria y una calumnia, amén de una falta imperdonable en quien tiene obligación de saber lo que escribe y lo que firma.

Contesto, que todas las afirmaciones de mi drama las someto desde luego al fallo del tribunal eclesiástico, en la seguridad de que, á diferencia del teólogo improvisado y padre espiritual *pour rire* Díaz Merry, no encontrará un solo ataque al dogma católico y si muchos á los hipócritas, farsantes y grotescos liberales conservadores.

Contesto, para que se entere el escrupuloso y monijil padre espiritual que nos gobierna, que esta es la fecha en que los superiores eclesiásticos, menos eclesiásticos por lo visto que él, no han condenado uno solo de mis escritos, en que podrá haber toda clase de faltas, pero no hay nunca ataques al Evangelio ni al dogma.

Contesto, que el juez que haya de entender en la delación que ha presentado el Gobernador acerca del drama, tiene que matricularse previamente en el Seminario y estudiar teología dogmática para poder así ejercer de inquisidor y definir si allí se ataca ó no al dogma.

Contesto, que yo me postro como el primero ante el Evangelio y beso los pies de Jesucristo, lo cual ya sé que en la bula reacción que nos deshonra es no ser católico, y me niego á postrarme ante el manto del P. Montaña y á besar los zapatos mal olientes de los jesuitas, en lo que consiste el catolicismo de los amigos del hermano Díaz Merry.

Contesto, que él puede tirar por tierra el trabajo mío de muchas noches y muchos días, porque dispone de la Guardia civil y la caballería; pero no puede insultarme en un documento público, porque eso es algo que está previsto en el Código penal, y yo, con esta fecha, presento demanda contra el Gobernador de Valencia por injuria y calumnia.

Contesto, que el Sr. Díaz Merry, desde que viste sotana, no sabe andar ni hace más que dar traspies.

Contesto, que el mundo da muchas vueltas, y si hoy puede el Sr. Díaz Merry abofetear los sentimientos liberales del pueblo valenciano, puede ser que el pueblo valenciano pueda abofetear... muchas cosas.

Contesto, por fin, que mi intención al escribir *La Marquesa*, lejos de ser la de escarnecer una religión que es la mía, fué la de que viera todo el mundo que, si he llevado algún tiempo la sotana de jesuita, ha sido *sin quererlo*, pues, gracias á Dios, todavía puedo, mal ó bien, hacer algo de lo que hacen los que viven de su trabajo y no de... vender placas.

GIL BLAS DE SANTALLANA

En el mismo teatro Principal, y después de varias peripecias que pusieron más en ridículo al Gobernador, leyó el P. Sarmiento esta poesía

A VALENCIA

No admiro los fulgores de tu huerta ni el torrente de luz de tus paisajes, ni el encanto sin par de tus celajes que á describir mi inspiración no acierta.

De tus hijos adoro la hidalguía, el corazón inmenso y denodado en que cabe... ¡hasta el crimen despiadado! todo, menos la infame cobardía.

Tú buscas que en el mundo se proclame la libertad bendita como lema, y al que al tirano y á las curas tema el mundo entero le declare infame.

Ante Jesús, sí, la religión bendita y ante Jesús postrada yo te he visto; mas si besas los pies de Jesucristo, nunca besas los pies de un jesuita. Que el jesuita es la maldad insana, y Cristo es la bondad, la indulgencia, y nunca la divina omnipotencia se ha mostrado vestida de sotana.

Yo á Dios bendigo y en la Virgen creo, y á ellos acudo en el supremo instante; mas desprecio al sagrado comerciante de negra falda y sucio soldado.

De la Virgen Santísima proclama mi lengua la pureza sin mancha, y no se dobla nunca mi rodilla ante el que, sin esposa, tiene ama.

Al corazón divino yo venero cuyo amor redimiera á los mortales, y no vendo su imagen á dos reales como hace el Loyola misionero.

Por eso de la gente valenciana admiro el corazón y la hidalguía, porque venera á Cristo y á María y aborrece á la gente de sotana. Cantaré de tus hijos la excelencia que hoy con el alma entusiasmada miro, y cuando exhale el último suspiro exclamaré al morir: ¡viva Valencia!

Aplausos entusiastas resonaron al final de la lectura, recibiendo después Sarmiento muchas felicitaciones, de igual manera que está recibiendo de varios puntos de España telegramas y cartas protestando contra la arbitrariedad cometida por el gobernador, al suspender el drama.

¡Bien por Sarmiento! Ya anuncié que iba á darle muchos disgustos á los clericales. No saben lo que han perdido al lanzarlo hacia la parte de acá. En cambio nosotros sabemos bien lo que hemos ganado.

Y es en mí tanto más desinteresado este elogio, cuanto que no creo en nada de lo que él cree y defiende en punto á religión. Pero reconozco que su propaganda

puede ser en ciertas localidades y entre ciertas gentes más eficaz que la mía. Por esto no he tenido reparo en reproducir esos versos suyos en que vierte ideas que no acepto.

Y esto se llama curarme en salud.

El Manifiesto de la recién pactada Unión republicana sigue sin ver la luz.

Aguardemos otra semana, aun cuando sea con la natural impaciencia de los que quisiéramos cuanto antes saber á qué atañernos.

EL COMERCIO

Quando se habló de la revisión del proceso de Dreyfus, los comerciantes é industriales franceses se reunieron «para protestar contra la campaña abominable que viene haciéndose en favor de Dreyfus», y para solicitar que M. Faure «use su elevada influencia para conseguir que cese inmediatamente la agitación, cuyos primeros efectos han sido paralizar los negocios y causar al comercio de Francia inmensos perjuicios».

¡Que no bajen los cambios! ¡Que el crédito no padezca! ¡Que los negocios no sufran paralización!

¡He ahí al comerciante!

Son los de todos los países así.

Los que por no perder el mercado de las Antillas, nos obligaron, impidiendo y aplazando la implantación de reformas y libertades, á perder las colonias.

Los que formaron cola para suscribirse por millones en el empréstito de Aduanas, en el que se devenga el siete, ó algo más, por ciento de interés, y no dieron un céntimo más tarde para la suscripción nacional.

Los que juegan con el nombre de la nación y la tranquilidad de las familias porque la Bolsa suba ó baje, porque los francos se paguen á tanto ó á cuanto.

Los que domicilian sus títulos de la deuda exterior en el extranjero para sacar más á esta nación esquilmada, sin que dejen de chillar contra el militarismo, los académicos, los artistas y la empleomanía.

Los que acaparan los trigos para luego hacer un negocio sin comprometer el capital.

Esos son los de aquí y los de allá y los de todos los sitios; los de ahora, los de antes y los de siempre; son, en fin, los comerciantes.

(Recorte.)

Sociología clerical

Los clérigos y frailes que ahora han dado en hablar del socialismo católico, nos atreuen los oídos diciendo que el Vaticano es el único capaz de resolver la pavorosa cuestión social; que el clero (donde unos pocos triunfan y la gleva se muere de hambre y vive de la envidia) tiene en su mano la solución de todos los problemas sociales, y que no hay ya nada que estudiar ni discutir en esta materia, sino dejarse llevar por Roma, y cuestión social terminada en una Jauja perpetua.

Será así, mas no puede negarse que en los asilos dirigidos por frailes, monjas ó beatas, reina la crueldad y se explota al niño, á la mujer y al anciano de un modo horrible.

El obispo de Nancy, profundamente indignado por los miserables abusos que cometían unas religiosas de su diócesis, las denunció al Papa, y esta es la hora en que S. S. ni aun las ha reprendido, pero sí al obispo, y los abusos continúan.

De los círculos obreros católicos, así de Madrid y del resto de España, donde son muy pocos, como del extranjero, no sale ni un buen ejemplo práctico ni una solución ó cosa que lo valga, ó lo parezca al menos.

Lo que se hace allí es fanatizar, reclutar absolutistas y sostener hipocritas, que no creen y comulgan después de tomar el aguardiente; que dicen sí á todo y asisten á ciertos actos religiosos sin desear de la taberna y de otros vicios, con tal de percibir socorros y trabajo que les dan conociéndolos y transigiendo con ellos porque hagan bulla.

Y en cuanto á los establecimientos fabriles, cuyos dueños son católicos á la manera de Chapa, de Necedal y de los obispos políticos, lo que se ve es que, por ejemplo, la casa Domecq, de Jerez, suele obligar á sus obreros á tomar parte en misiones, ejercicios y otros actos religiosos, pero haciéndolos perder... horas de trabajo que luego les resacre; no, horas de sueño y del descanso tan necesario después de un trabajo tan duro como mal pagado.

Casas como ésta existen muchas en Andalucía, y más en Cataluña y Valencia, sin que falten en las demás provincias.

Como ejemplo de tan vil explotación so capa de catolicismo, y para que se vea lo que el obrero puede esperar de esa canalla carlo-integrista y de cuantos se inspiran en el Vaticano, vamos á presentar una fábrica modelo... de inhumanidad devota y ultramontana.

En Dos Hermanas, pueblo grande y laborioso de Andalucía, existe desde 1879 una fábrica de tejidos, que gira bajo la razón social Manuel J. Alperiz. En 1890, pareciendo á sus católicos y desprendidos dueños que producía poco aunque las ganancias eran considerables, como sólo pensaban en ganar el cielo despreciando las viles riquezas de este mundo, pusieron luz eléctrica para que los trabajos no se interrumpieran de día ni de noche.

Humanitarios y caritativos como buenos creyentes, si se molestaban sosteniendo la fábrica, era por dar trabajo y alimento á los pobres. Así, pues, apenas tuvieron la nueva luz, empezaron á admitir niños y niñas, y el año 91 hicieron en unas beatas para que las instruyeran, durante el tiempo del descanso, no del trabajo; eso nunca ¡pobrecitos!

Los operarios se levantaban desde entonces á las tres de la madrugada! en Octubre, para poder

asistir al rosario sin faltar á la hora obligada del trabajo. Y que ninguno se detuviera en el camino un minuto para tomar una copa, que irremisiblemente lo despedían.

La hora de levantarse es la de las cinco y media á las seis, con la fresca, á trabajar vigilados y apretados. A las nueve descansan de quince minutos, pero hay que rezar durante cinco ó más de ellos. A las doce se almuerza en casita, que dista para el que menos dos kilómetros, de ida, y dos de vuelta, cuatro, y joidado, que á la una empieza de nuevo el trabajo!

Por la tarde, á las cinco, un ratito para merendar el que tenga qué; pero aparecen el capataz, que ha sido guardia civil y sigue siendo hipocrita, el cual empieza á dirigirles un rosario como distracción. El que no lo rece, despedido; allí son muy tolerantes. Para la merienda no queda tiempo, ó á lo más un minuto.

Por fin, á las ocho salen después de haber trabajado sólo trece horas como piadosos negros, tanto hombres y mujeres, como niños y niñas, cualquiera que sea su edad.

Eso sí, para alivio de las tareas tienen que andar ocho kilómetros diarios los que más cerca viven de la bendita fábrica, pero también el jornal es de lo más crecido, tanto que á los pocos años de estar allí ya pueden tener coche los operarios. Dos pesetas los hombres que más, de uno á tres reales las mujeres y de 10 á 30 céntimos los niños y niñas.

Calcúlese con qué inmenso júbilo se levantarán durante el mes de Octubre y en los días de comunión y ejercicios á las tres de la madrugada, para andarse dos ó más kilómetros, rezar, cantar, confesarse, y ¡al trabajo! como si tal cosa.

¡Ah, y que no le vean á uno leyendo un papel que pareciera siquiera liberal, porque le despedida y se arreglan de modo que no halle trabajo en parte alguna!

¡Qué dicha la de esos obreros! Y para colmo de ventura les acaban de llevar unos frailes. Hay gentes predestinadas á la felicidad y no saben apreciarla.

¿Conocían nuestros socialistas esta fábrica celestial? ¿No? Pues al catálogo con ella y á darle aire. Glorias católico-nacionales como esa no deben quedar obscuras, pues son un ejemplo vivo y patente de lo que puede dar la sociología del Vaticano.

Hagamos historia

El comercio cree que está en condiciones de apedrear á los políticos.

Veamos, veamos.

El comercio, lo recordamos bien, cuando pedíamos la autonomía para Cuba mucho antes de la insurrección, y reformas para Filipinas mucho antes de la rebelión, callaba.

Quando señalábamos los peligros á que rápidamente nos conducía la restauración, se reía.

¡Oh! sí, hay que tener memoria, honrados comerciantes. Vosotros fuistis alfonsinos, vosotros exagerabais las faltas del fugaz periodo de la República, vosotros la desacreditabais formando los batallones de vecinos honrados, vosotros realizasteis todas las existencias en percalina para vestir gallardetes y colgar balcones en señal de júbilo por el hecho de Sagunto, vosotros encendisteis luminarias y levantasteis arcos á don Alfonso.

Tenemos memoria, señores del comercio. Nos parece estaros oyendo en el primer periodo de la restauración, cuando en Madrid se conmemoraba el centenario de Calderón, cuando en Barcelona se celebraba una Exposición Universal. «Hay paz, decíais, hay trabajo.» Verdad es—añadíais—que los gobiernos son muy inmorales, que S. E. el negocio manda, que Cánovas compra conciencias y luego se rie en andaluz de los miserables vendidos, que hay personaje que se enriquece en el Noroeste y en otros chanchullos hasta hacer miles de millones, que el flamenquismo invade la corte, en la cual Ducazal, Juan Breva, el de Sexto y la Parvula son los personajes principales... Verdad es que ese turno—seguíais diciendo—es un mal político, pero nos conviene, porque á cada crisis aumentan las rentas. Por esto no vemos del todo mal que envíen á las Colonias gente perdida, de uñas largas y moral corta: ellos roban, eso sí, pero el producto de sus rapiñas lo traen á la metrópoli, y lo gustan comprando coches, muebles, alhajas, trapos para las queridas... Así hablaban ó así pensaban los comerciantes en aquellos tiempos de paz, de relativa tranquilidad y juerga flamenca.

Pues aquellos polvos trajeron estos lodos; no lo olviden las Cámaras de Comercio.

Y como han pecado también, procuren regenerarse y vean que no es camino de regeneración eso de pedir el poder para el que gobierne con su programa, aunque fuera el moro Muza, Polavieja ó Carlos VII.

ROBERTO CASTROVIDO

¡Por justicia, ó por caridad!

Dieciocho meses lleva una pobre anciana, Juana García, gestionando en el ministerio de la Guerra, á donde va todos los días, para que se le comunique oficialmente la muerte de un hijo que perdió en Cuba, á fin de poder reclamar los alcances que tuviera, unos 150 duros, sin que ni una sola vez haya podido conseguir que se le atiendan.

Indignado *El Capitán Verdades* exclama desde *El Nacional*:

«Desde hace dieciocho meses está esa pobre anciana, que llora la muerte de sus entrañas, pasando por un verdadero calvario de injusticias, en cuyo camino, recorrido con la resignación de un mártir, sólo ha recogido los sinsabores del insulto y la injuria, y todo porque es una pobre vieja sin amparo, como ayer me decía entre un torrente de lágrimas que partían el corazón.»

Es siempre un deber del poderoso y más en este caso, proteger al desvalido y ayudarle en los malos pasos de esta triste vida. Esa pobre madre, anciana ya, dió el pedazo más querido de su alma para que fuera á lejanas tierras á defender la ex-

seña de la Patria; murió su hijo como bueno en la demanda, y aunque llorado, como sólo lloran las madres, si resucitara y otra vez la Patria se lo pidiera, otra vez ella lo daría, aun sabiendo que por segunda vez lo iba a perder. ¡Hermoso sacrificio que sólo realizan sin protesta las madres españolas!

En tanto que en las últimas desventuradas guerras daban los ricos su dinero a España, exigiéndole el 6, 7 y 8 por 100, el pobre le entregaba su sangre sin más garantía que el deber, ni más interés que el bien de la Patria.

Sigue el rico cobrando puntualmente sus créditos y usurarios réditos, mientras que al pobre se le despidió despojado, cuando se presenta a reclamar los míseros ahorros del heroico muerto, para con ellos poder comprar un trapo negro con que cubrir sus carnes, y que exprese el profundo pesar que embarga el alma dolorida de la desamparada madre.

Y después de esta nota sentida, acaba el autor pidiendo al ministro de la Guerra «que atienda por caridad y por justicia a esa pobre anciana».

Puede ser que lo haga, aun cuando mucho me temo que no se atreva. Sería interrumpir la tradición y reconocer el derecho que tienen a ser atendidas los miles de madres que se encuentran en igual caso.

El patrimonio de San Pedro

Los que tienen cifrada la esperanza de patrios engrandecimientos y redenciones futuras emanados del triunfo de los ultramontanos sobre las impiedades reinantes: los que sueñan constantemente con una nueva era de paz y de felicidades sin cuento producida por el *santo poder* de los que se dicen representantes de Dios en la tierra, harían muy bien con estudiar la historia y enterarse concienzudamente de la política absorbente, anexionista y reaccionaria que el ultramontanismo siguió en el apogeo avasallador de su existencia.

La Iglesia católica, en todos los tiempos, a fin de ensanchar los dominios de su dominación temporal ejercida por los papas, no retrocedió ante nada; cometió las más detestables usurpaciones y forjó las más punibles mentiras.

Una de las añagazas falsarias que mayores provechos han producido a la *Santa Sede*, ha sido la habilidosa invención del fantástico *patrimonio de San Pedro*.

Parece ciertamente irreverente que los pueblos se hayan dejado engañar por invenciones tan absurdas y pueriles; pero la credulidad de los fanáticos es tan inmensa, que a todo se aviene y acomoda siempre que se le hable y exhorte en nombre del diablo. Y hasta los más inhumanos, hasta los que, en su ruindad insidiosa, no serían capaces de dar una *taza de caldo* a un prójimo desfallecido, hasta los ímpíos y duros de corazón más tacaños y crueles para con sus semejantes, siéntense espléndidos y magnánimos cuando se trata de rendir obediencia al Dios omnipotente y todopoderoso que reina sobre todos los reyes del Universo, en las fantásticas regiones de lo espiritual y ultraterrestre...

Apoyada sólidamente en las abyectas flaquezas de los pueblos fanatizados, la seráfica ambición de los papas llegó a tales extremos, que en el siglo XI, intentaron agregar al llamado *patrimonio de San Pedro* toda nuestra Península y hacer a sus soberanos y señores reinantes, sumisos feudatarios de la Santa Sede.

«Oreo no ignoraréis—decía el Papa Gregorio VII en una epístola dirigida con tal motivo a los españoles—que el reino de España fué antiguamente del *patrimonio de San Pedro*, y que aunque haya sido ocupado por paganos largo tiempo, en justicia no pertenece a ningún mortal, sino a la *silla apostólica*; porque lo que Dios ha dispuesto que entre una vez en la propiedad de la Iglesia justamente, mientras viva, aunque por abuso haya sido despojada en algún tiempo, sin una donación legítima, ya no puede separarse de su dominio.

«El conde Rbaldo de Rocei, cuya fama juzgamos no os será desconocida, desiendo hacer conquistas en esa tierra, a honor de San Pedro, ha obtenido de la silla apostólica que pueda poseer a nombre de San Pedro las que llegue a adquirir por su valor y el de los que quieran auxiliarse, bajo ciertas condiciones on que nos hemos convenido. Si alguno de vosotros quisiere acompañarle en tal empresa, hágalo con *toda caridad*, a honra de San Pedro, bien seguro de que recibirá los premios que merezca. Pero si alguno de vosotros, y separadamente de dicho conde, quisiera entrar a sus expensas propias en dichas tierras, conviene que se proponga la *devoción y firme propósito de no hacer a San Pedro las injurias que los infieles, que actualmente las ocupan, en la inteligencia de que no obligándose a pagar los derechos correspondientes a San Pedro en aquel reino, lejos de aprobar tales conquistas, os las prohibimos con toda autoridad apostólica*, no permitiendo que la Iglesia, madre universal, reciba de sus hijos los mismos insultos que está sufriendo de sus enemigos: para todo lo cual hemos enviado a aquellas partes a nuestro amable hijo el cardenal Hugo, de cuya boca oiréis con más extensión nuestros consejos y nuestros decretos.»

Ahora bien, ¿de dónde había sacado Gregorio VII tan absurdos principios? ¡Cuándo, en qué época había pertenecido España al fantástico *patrimonio de San Pedro*? ¡No era esto un pretexto indigno, una falsedad abominable para reducir nuestra Península al dominio papal?

Desébase por aquel entonces en Roma a toda costa dilatar el imperio temporal del papado, y nada detenía en sus insanos manejos a la Santa Sede. La equidad y la justicia, cosas son que jamás respetaron los representantes de la teocracia.

Pero los españoles de aquellos infortunados tiempos, sin ser tan ilustrados como los de ahora, comprendieron que no debían tolerar tamañas ingerencias ni aun cuando pretendieran perpetrarse a nombre del propio San Pedro, y con viril entereza rechazaron las injustas pretensiones de la Santa Sede, oponiéndose resueltamente a que conde alguno viniera a conquistar terrenos en España para ser agregados a la silla apostólica. Y aunque el cardenal Hugo intentó hacer valer los supuestos derechos alegados por el *santo Padre*, toda su pericia diplomática no fué suficiente para vencer la resuelta y varonil actitud de los *muy católicos* españoles de aquellos agitados tiempos.

Vean, vean los piadosos admiradores de la teocracia, vean cómo las han gastado para con nosotros los seráficos pontifices. Aferrados a derechos ilusorios forjados por su avaricia dominadora, los que dicen no ser su reñado de este mundo, no han tenido el menor escrúpulo en intentar hacernos sus esclavos.

El patrimonio de San Pedro, patrimonio fantástico de origen desconocido, sin base sólida donde apoyar su existencia, como no sea en el despojo y la falsedad, estirvo a punto de anexionarse toda nuestra Península. Y lo peor del caso es que el patrimonio de San Pedro resulta una de tantas farsas como la Iglesia católica ha inventado para consolidar su dominación y preponderancia.

Porque ¿cómo le existió el patrimonio de San Pedro hasta que en el siglo VIII apareció la fingida donación de Constantino, como se fingieron otras muchas escrituras palmariamente apócrifas, para extender ilimitadamente los derechos temporales de la Santa Sede?

En ningún instrumento documental digno fundábase la pretendida pertenencia de nuestra Península ni de las tierras a la sazón ocupadas por los sarrazenos al dominio temporal de los papas; pero esto no fué óbice para que se dijera que en *otros tiempos había pertenecido España al fantástico patrimonio de San Pedro*, falseando descaradamente la verdad histórica.

La avaricia dominadora de la Iglesia católica, con tal de extender su siniestra dominación, jamás se paró ante nada. Hizo del derecho escrito mangas y capirotes, y cuando más preponderante y avasallador fué el poderío del ultramontanismo en el mundo, cuanto mayor era el influjo que la teocracia ejerciera en la gobernación de las naciones cristianas, entonces fué, también, cuando más intolerante, mordaz y avasalladora mostróse la seráfica tiranía ejercida en el orbe católico por los papas, imponiendo a los pueblos todo género de humillaciones y haciendo sufrir a los hombres de carácter íntegro y justiciero toda suerte de persecuciones y suplicios.

Vean, pues, los amantes de la independencia; vean los católicos fervientes que todo lo esperan de la virtud celestial de la santa Iglesia católica, apostólica, romana; vean las piadosas beatas que tan bélicamente defienden la *integridad del patrimonio de San Pedro*; vean, vean todos los devotos piadosos; vean lo que en nombre de San Pedro pretendió hacer con nuestra pobre España, a pesar de la imaculada religiosidad de nuestros antepasados el santísimo padre, Gregorio VII, y digannos después si los propósitos que animaron *in illo tempore* a tan santo varón, corren ó no parejas con el procedimiento a que recientemente hemos sido sometidos por los norte-americanos...

Gregorio VII, a nombre de San Pedro, pretendía anexionar a sus Estados esta Península; y Mac Kinley, invocando fementidamente los sagrados fueros de la humanidad y la civilización, se ha levantado con todos los mejores restos de nuestro destruido imperio colonial. ¡Tristes consecuencias de los malos ejemplos históricos!

DONATO LUREN

SI ERA MENTIRA!

En *El Boletín Oficial* de la provincia de Navarra, correspondiente al día 19 del actual, se lee lo siguiente:

«Don Javier Muñoz y Gamiz, Juez de instrucción de Pamplona y su partido.

Por la presente requisitoria cito, llamo y emplazo a don Doroceo Rebola y Corrales, hijo de Antonio y Josefa, de treinta años de edad, soltero, Escalpor, natural de Sos, vecino que fué de esta población y cuyo actual paradero se ignora, para que en el término de diez días, contados desde la inserción de la presente en el *Boletín Oficial* de esta provincia y *Gaceta de Madrid*, comparezca ante la Excelentísima Audiencia provincial de esta capital, para que se pueda celebrar juicio oral en causa que se le sigue por abusos deshonestos, bajo el apercibimiento de que pasado dicho plazo, si no lo verifica, le parará el perjuicio que hubiere lugar y será declarado rebelde.

Al propio tiempo, exhorto y requiero a todas las autoridades de la Nación y agentes de policía judicial, procedan a la busca, captura y detención de dicho sujeto, y caso de conseguirla, dispongan sea conducido en calidad de preso a las cárceles de esta ciudad y a disposición de dicha Excelentísima Audiencia, con las debidas seguridades.

Dada en Pamplona a catorce de Marzo de mil novecientos.—Javier Muñoz y Gamiz.—D. S. O. Feliciano Iziz.

¡Con que era una calumnia aquello de que el P. Doroceo había cometido unas cuantas niñerías!

Tomad calumnias, clericales.

OBREROS Y FRAILES

Llegó al cementerio de Jerez gran número de trabajadores acompañando el cadáver del obrero y agricultor José Millán Bellido; el clero se había

retirado, como de costumbre, junto a la iglesia de Santo Domingo.

En las inmediaciones del cementerio encontró el fúnebre cortejo a una colección de frailes franciscanos, provistos de faroles, cruces, etc. que regresaban sin duda de depositar el cadáver de alguna persona adinerada.

Al cruzarse, los obreros cometieron la torpeza de descubrirse respetuosamente, y los frailes contestaron burlándose descaradamente de los obreros, hasta el punto de que éstos se cubrieron y continuaron su camino, teniendo que dominarse mucho para no romper un alón a aquellos pajarracos.

Comentando el hecho, dice *El Demócrata*: «Las complacencias que en todas partes se guardan a los vago-facinosos que en cuadrilla se dedican a explotar la religión de Cristo mediante el embaucamiento de los ignorantes y el auxilio de los hipócritas, dan lugar a que, envalentonados, provoquen conflictos, creyéndose con el suficiente poderío para arrollar a todo el mundo.

Y en verdad, que están equivocados. La mansedumbre del pueblo es ficticia, la protección que los hipócritas les prestan durará mientras los crean influyentes, y la muchedumbre guardará recuerdo de las continuas ofensas que de los frailes, particular y colectivamente, recibe. Los desplantes que censuramos y otros de igual calibre, de que no tenemos datos ciertos, sólo servirán para acumular odios y rencores, que acaso algún día den margen a sucesos deplorables.

¿Green esos franciscanos que, porque marchan por la calle en secciones marciales con ademán provocativo, son temidos? De ningún modo.

En sus rostros llevan el sello de la estupidez y del estelismo, y demasiado se sabe que, cuando más, cuando más, tienen las arrogancias de mujeres escandalosas.

El hecho que censuramos inspira más asco que otra cosa; sí, asco, porque siempre lo produce la falta de respeto en seres despreciables de puro pequeños, y porque parece increíble que los hombres del pueblo guarden todavía consideraciones a esos seres que contribuyen en primera línea a fomentar la holganza, la ignorancia y quizás la depravación, enemigos mortales del obrero.

¡Los frailes! Si el pueblo estuviera algo ilustrado, comprendería que, a ellos, y sólo a ellos, ha debido en primer término el sostenimiento de la tiranía y la barbarie; que los hábitos que visten conservan aún el repugnante hedor de la carne tostada en las hogueras para poner diables a la ciencia ó satisfacer ruines venganzas é innobles pasiones; y que hoy día, después de habernos hecho perder preciadas colonias y mucha sangre y mucho dinero, son los principales predicadores de esas cruzadas del capitalismo para impedir al obrero la defensa de sus legítimos derechos en las agremiaciones de resistencia.

Con no mirarse se les dispensa el respeto debido. La mayoría no son ni ministros del altar, sino bigardones al servicio de todas las malas causas.»

Pues por más que *El Demócrata* diga, los frailes hicieron muy bien en burlarse de los obreros.

¿Qué respeto han de tener los explotadores hacia los explotados; los que viven del trabajo ajeno, hacia los que no logran alimentarse con el propio; los que acompañan el cadáver de una persona rica por cobrar, hacia los que pierden el jornal del día por acompañar a un compañero?

Hay que ponerse en lo justo.

UN PAÍS PERDIDO

En Italia acaba de ocurrir una cosa increíble, monstruosa, propia de la nación que ha aliviado a los papas de la penosa carga del poder temporal: condenar a cuatro años de presidio al hijo del exministro Crispi, hombre de gran influencia, solamente por haber robado unas alhajas.

Así se aflojan los vínculos sociales en las naciones; así se llega a hacer creer a la masa en que absurdo de que la justicia debe ser igual para todos.

¿Cómo se reirán de esos imbéciles de italianos, no ya los hijos, hermanos, sobrinos, tíos y paniaguados de los que aquí han sido ministros, ó lo son, sino los mangoneadores de la Tratatística, la Cerillera, la Tabacalera, los Explosivos, las Compañías de ferrocarril, etc.! ¡Y los obispos, y los frailes, y en general todos los que desempeñan altos cargos ó tienen gran influencia!

Cualquier día sufre aquí ninguno de esos un tropiezo por robar unas miserables alhajas. ¡No lo sufren ni por robar millones!

Caridad jesuítica

«Amados hermanos míos: La caridad es la reina de todas las virtudes; sin caridad no pueden salvarse los hombres; los actos más heroicos no valen nada sin caridad.»

Este es un tema obligado en todos los sermones y en especial los jesuíticos.

Bueno, pues ahí va una historia de cuya exactitud responde todo Gandía:

Había allí una pobre mujer tan desgraciada que, enfermo su marido, anémico sus hijos y falta de todo recurso, sólo en la caridad cristiana podía encontrar lenitivo a sus penas y remedio a sus desdichas.

Socorriéronla con larga mano todas las personas pudientes de Gandía; tuvo caldo que dar a sus enfermos y mantas para abrirlas, gracias a sus conciudadanos.

Alguien hubo de sugerirle la idea de que acudiera al rector de los jesuitas en demanda de una limosna que seguramente sería cuantiosa.

¿Cómo no había de serlo?

Por una parte sabía que los jesuitas son verdaderos apóstoles de la caridad, y en todos los tonos la recomiendan a los fieles cristianos; por otra nadie ignoraba que la comunidad de Gandía posee cuantiosos

bienes; compró en unos miles de duros el palacio que habita, por cierto haciendo un magnífico negocio, sin reparar en gastos; alza un muro de contención que impida los daños que el río pudiera hacer en el huerto; anhela, y al efecto ha hecho proposiciones, comprar los terrenos lindantes con su propiedad, y demuestra en todo, de un modo palmario, que vive en la holgura, en la abundancia, en la riqueza.

Es verdad que en todo el Evangelio se lee que ni Jesucristo, ni la Virgen, ni San José, compraran un palmo de terreno, ni levantarán el más pequeño muro de contención; consta que no tuvieron ni el más pequeño palacio ducal y aun que vivieron en un pobre taller de carpintería; pero eso lo hacía Jesucristo, y lo de los palacios y terrenos y huertos y muros de contención lo hacen los jesuitas.

Llenos, pues, de caridad y de dinero, no cabe duda que han de ser una verdadera mina para todos los pobres.

Llegó la señora desvalida a la portería del palacio de los discípulos del que vivió en el taller; solicitó una entrevista con el padre rector; esperó largo rato antes de que éste se presentara, pues ya el portero había oído y anunciado que no se trataba de ninguna solterona rica, y al fin apareció el padre con su cara de tonto de capirote.

Expuso la desgraciada todas sus cuitas; hizo un relato que hubiera conmovido a las piedras; lloró amargamente y suplicó un socorro que fuera una tabla de salvación en medio del temporal deshecho que corría.

Levantó el buen padre los ojos al cielo con actitud que le hubiera envidiado Teodora Lamadrid, y dijo: «Hija mía de mi alma, encomiéndese muy de veras al deífico Corazón de Jesús y él la sacará de todos los apuros en que usted se encuentra. Por mi parte no puedo hacer nada en favor de usted, pues somos completamente pobres.» Al decir esto, dicen que llegó a la sala de visitas un olor á suculenta ternera asada que quitaba el sentido.

Siguió hablando, con tono seráfico, el jesuita, y añadió: «Precisamente viene usted a una casa donde todos tenemos hecho voto de pobreza.»

—Y ¿no sería posible, interrumpió la pobre mujer, que usted me diera alguna cosa en calidad de limosna? Pues no creo que a nadie se le prohiba hacer limosnas.

—Imposible, contestó el padre, y se levantó dando por terminada la entrevista.

La infeliz madre prorumpió en amargo llanto con el que mojó la mano que para que la besara le alargaba el religioso.

Este entonces pareció enternecerse y puso una moneda en la mano de la mujer. Guardóla ella sin mirarla, deshaciéndose en acciones de gracias.

Despidióse del rector: éste dijo al portero. «Yo no sirvo para ver lástimas; no he podido menos de dar algo a esa infeliz que no tiene pan que dar a su marido y a sus hijos.» Y metiendo las manos en las mangas y en actitud seráfica dirigióse al refectorio en que ya esperaba suculenta comida de riquísimo vino rociada.

Apenas se hubo sentado, acoróse a su oído el P. Procurador y le dijo:—Al fin nos dejan en seis mil duros las tierras aquellas que tanto nos gustaron.—Comprárlas inmediatamente—exclamó el rector lleno de gozo—por dinero no lo deje usted.

La mujer, cuando se vio sola en la calle sacó del bolsillo la moneda que el padre la había dado, y vio que era una moneda de diez céntimos!!!

GIL BLAS DE SANTALLANA

COCES DE FRAILES

Hoy día, las fiestas, mitad religiosas mitad teatrales, que organizan los frailes, son exposiciones de las niñas paguatas y adineradas que piensan con la cabeza de estos estultos y mal olientes, disfrazados de miembros del género neutro.

A tales actos concurre buen golpe de hombres que, asustados ante la enorme lucha que representa en esta corrompida sociedad ganar el pan con el propio esfuerzo, buscan la mejora de bolsa en un matrimonio de ventaja.

Resultan, pues, las solemnidades frailunas brillantes y grandes en la forma, siendo en el fondo ridícula comedia en la que cada cual cree engañar al vecino y todos juntos a la imagen de Dios que se venera en los altares.

Además, por regla general, ocupan la cátedra sagrada individuos desconocedores del dogma católico y del idioma español, resultando sus disertaciones sartas de desatinos insufribles, de disparates capaces de acabar con la paciencia de cualquier auditorio medianamente iniciado en la religión de Cristo.

Por eso nosotros, enemigos de las estupideces del fanatismo y de las hipocresías y comercio de afectos en el orden social, no concurrirnos a tales fiestas.

Como a los hombres honrados nunca faltan amigos, por estos supimos, que en festividad recientemente celebrada en el convento de San Francisco, un fraile de la orden nos insultó a su placer, empleando frases groseras, inculatas, tabernarias, quizás aprendidas por el orador en el *vivac* de las huestes carlistas de la última guerra ó en algún lodazal de impurezas, en el que se revolcara antes de disfrazarse de fraile.

Escuchamos la noticia con indignación, con la rabia que naturalmente producen las injurias que no pueden vengarse. Y ansiábamos la publicación de este número para devolverlas una por una, letra por letra, al injuriador, y decirle, que después de aplicárselas personalmente, las haga extensivas a todos sus compañeros de oficio, orden, cuadrilla ó como quiera llamársele.

Lamentable es que el púlpito se utilice

como medio de difamación de organismos, entidades y personas; pero no debe extrañar, teniendo en cuenta que sirve de tribuna a desdichados predicadores, faltos de saber y elocuencia, que no pueden hablar ni a la razón ni al sentimiento de los oyentes.

El interés de la religión exige que se eviten estos abusos; a nadie más que a la Iglesia importa ponerles dique; sus autoridades debieran intervenir en primer término para reprimirlas. Las campanas de escándalo desmoralizan siempre y las groserías deshonran hasta a quienes las escuchan.

Habló el predicador de los periodistas, presentándonos como la hez de la sociedad, como la canalla inmunda, cuando si de algo pecamos es de prudencia excesiva, de respetuoso culto a las ideas de todos y a la santidad de los hogares.

Si la prensa fuera así ¿qué senda más expedita y productiva que la de sacar a la vergüenza el sinnúmero de chantages, chanchullos y apaños que en los conventos se realizan? ¿Se creen por ventura los frailes tan á cubierto de las miradas profanas, que desconozcamos sus procedimientos de embaucar viejas, mujeres mal casadas, etc., para adquirir propiedades y dinero?

No; no trabajan como las abejas; carecen de la virtud de embadurnar el interior de la casa en que viven. El instrumento utilizado constantemente es la mujer, y ésta, por naturaleza, es indiscreta.

Vivimos los periodistas doctrinarios, los propagandistas de ideas, entre privaciones y peligros, percibiendo menguada retribución en recompensa de una labor constante, de un trabajo digno y humanitario, ajustado a la moral universal contenida en los preceptos del Decálogo.

No poseemos palacios en sitios céntricos, no figuramos en la lista de acreedores del Banco de Londres, no recibimos las visitas de tapadas damas, ni las valiosas ofrendas de caballeros de viso; sencillamente cambiamos un cacho de papel impreso, que tiene de coste cuatro céntimos y décimas, por una moneda de cinco céntimos; vivimos en la peor de las miserias, en la miseria con apariencias de bienestar, y no esperamos más visitas que la del juez de guardia, si recargamos demasiado las tintas al pintar cuadros sociales tomados del natural.

El día que somos útiles reprimiendo vicios ó desmanes, nos compensan la satisfacción de cumplir con el deber y la enhorabuena de los favorecidos, mezcladas a los odios de los bribones cuyas fechorías estorbamos. Esto es todo. Decir otra cosa es mentir á sabiendas, y cuando lo afirman frailes, es lanzar al rostro ajeno las canalladas propias.

Registren sus bolsillos é historia mundana, más claro, su vida galante, los frailes, y registren al mismo tiempo nuestra gabela y conducta, y hallarán que es buen sitio para aprender honradez la redacción de este periódico.

Pongan las casas que poseen, con nuestro negativo peculio; los chismes y rencillas de familia que han provocado entre muchas de la población, con el respeto que nos inspira el ajeno hogar; las barbaridades propagadas en púlpitos y confesionarios, con las doctrinas que sustentamos; las injurias vomitadas contra la prensa, con nuestro complaciente mutismo. Verán cómo la balanza de la bondad se inclina de nuestro lado.

Somos prudentes hasta el punto en que nuestra dignidad sufra el más leve menoscabo; desde ahí no transigimos, ni por nada ni por nadie.

Si los frailes quieren seguir explotando tranquilos a sus ovejas y carneros, que continúen como hasta aquí, en silencio, entran do en las casas con las sandalias, menos ruidosas que las alpargatas de los cacos; por nuestra parte nada tememos. La pobre vivienda que habitamos está cerrada á piedra y lodo para los representantes de la barbarie, y no nos creemos obligados á defender a los que gozan en su propia ruina y deshonor; pero si se nos ofende, si se nos provoca, habrá guerra.

Háblese en el púlpito de doctrinas, y de doctrinas se hablará en el periódico.

Si saliéndose de esta esfera lícita, se habla de política y se descende á injuriar a los que sostienen teorías sanas é irrebatibles, saldrán rodando, envueltos en sus fechorías, los frailes y seglares de cuyos gobiernos tenemos noticia, pese a quien pese y opóngase quien se oponga.

(El Demócrata, de Jerez).

La prensa madrileña dió una comida a los marineros de la república argentina, y como era día de vigilia, no probaron la carne.

¡Y se dice que los periodistas somos los heraldos del progreso! Calumnias miserables.

DE PÉSAME

Las palabras *hereje é impio*, dice con mucha razón *El Progreso* de Játiva, son oro en barra en bolsillo de presbítero; si no las aplicaran, apenas si podrían tenerse en pie de debilidad.

«Que soy ó que somos unos herejes.» Sablazo, sablazo y sablazo. «Que no soy ó no somos herejes, porque Dios nos ha tocado en lo vivo.» Cuarenta Horas al canto, para dar gracias al Señor por habernos tocado en medio de nuestros corrazones.

Y por todos lados llueven cintarazos y mandobles sobre las crédulas devotas, que sueltan los cuartos más que de prisa ante nuestras herejías é impiedades.

Vuelvan los sables místicos a las vainas respectivas, porque en esta semana

¡Semana fausta! nos hemos salvado quedando libres de las garras del demonio. Regocijémonos, alégrense las beatas que ya no podían con los golpes del sable místico.

En la novena que en la iglesia de San Francisco se está dedicando a las almas benditas del purgatorio, dijo nuestro virtuoso Arcipreste, palabra poco más o menos:

«Así que Dios tuvo a los condenados dentro de las cavernas del infierno, cerró la puerta, y se guardó la llave... Esa llave se la perdió a Dios Nuestro Señor y no la ha podido encontrar todavía... Por eso no pueden salir del infierno los condenados.»

¡Ni entrar los que estamos fuera! ¡Hossana! ¡hossana!, nos hemos salvado.

Gracias, señor Arcipreste, gracias, muchas gracias por la inesperada noticia, ¡qué digo noticia! el incommensurable notición.

La llave del infierno perdida, las puertas de la mansión de Satanás cerradas a piedra y lodo, el ingreso de condenados en suspenso, los de dentro sin poder salir, los de fuera sin poder entrar...

Respiremos los reprobos; espójense la carne pasto de Pedro Botero.

¡Nos hemos salvado! ¡Hossana!

VENENO

Pues a mí me ha reventado la noticia de que no puede entrarse en el infierno. ¿Qué va a ser de mí cuando me muera? ¡Yo, que me regodeaba ante la idea de figurar en el Estado Mayor de Luzbel!

¡Esto ha sido un engaño imperdonable! Que me devuelvan el dinero los que han venido condenándome desde los pulpitos al fuego eterno, sabiendo que no podía tener el honor de ser refrito en él.

Y ahora ¿qué hago? Porque al cielo no quiero ir, ni aunque me aspen.

¡Estoy desesperado! Tiene gracia esto de haber estado haciendo méritos toda la vida para alcanzar el alto honor de ir al infierno, y saber ahora que me darán con la puerta en los hocicos.

Es preciso que parezca esa llave. Si para ello es preciso rezar, rezaré; si escuchar un sermón de un fraile, lo escucharé; si fingir virtudes que no tengo, las fingiré. Todo, con tal de que esa llave parezca.

Mañana escribiré al arcipreste de Játiva para que me diga quién le ha traído la noticia de tan sensible pérdida y me indique el mejor medio de estar al corriente del asunto. Yo no puedo vivir con esta zozobra y en esta desesperación: ó parece pronto esa llave, ó me suicido.

A elegir.

País de mendigos

¡Acabar con la mendicidad en un país de mendigos! Ciertamente la mayoría de los que piden limosna, en las ciudades sobre todo, no lo hacen por necesidad, sino por oficio; son gándules, maleantes, viciosos y todo lo que se quiera; ¡pero no conspira aquí todo para aumentar su número!

Tan seductora es la perspectiva del trabajo honrado, cualquiera que sea, en este país donde aún es deshonra trabajar, se desprecia al jornalero, se insulta al labriego, no queriendo serlo nadie ni que lo sea su hijo, y el Estado, que no crea institución alguna social de ahorro, de seguridad ni protección al trabajo, no sabe combatir la mendicidad más que pidiendo el limosna para los Asilos!

Todos los males vienen de arriba. Aquí pide limosna el rico para el pobre, al parecer; en realidad Dios sabe para qué y para quiénes. Pide limosna la Iglesia que tiene rentas, acerbos, tesoros inmensos y alhajas riquísimas y montones. Piden limosna el Municipio y la Diputación para sus Casas de Socorro, escuelas y hospitales. Piden limosna hermandades, estudiantinas de Carnaval, señoras de las Conferencias, filántropos, sociedades de aficionados cómico-líricos para familias desgraciadas, compañías de actores tronados para volverse a su tierra... todo el mundo. Si ocurre una calamidad no sabemos otro medio que la suscripción, la tómbola, la rifa, la manga... ancha por cierto, y en suma, la mendicidad.

Y con esos altísimos ejemplos se quiere concluir que los mendigos... pobres?

Pintores, músicos y cantantes, suelen hacer sus carreras con limosnas de la infante A, la diputación B, el ayuntamiento C, el ricachón D. Limosna; piden los soldados que vienen hechos una lástima de la guerra; ese es el porvenir que les reserva la Patria agradecida. Limosna y siempre limosna. Eso lo llevamos en la masa de la sangre. Por siglos enteros el estudiante que no iba roto y astroso en la tuna, el que no sabía mendigar, no era bien mirado.

No somos el pueblo más creyente en una religión que ha santificado la mendicidad y puesto en los altares a los fundadores de órdenes mendicantes?

No dejan vivir a nadie llamando de puerta en puerta, recorriendo los puestos de los mercados y las tiendas en demanda aunque sea de una patata podrida, las hermanitas de los pobres, las insufribles Trinitarias de Méndez, las Pastoras, las beatas de los conventos que escuelan ó asilos, los hermanitos de la Doctrina, los ídem de San Juan de Dios, que son millonarios como todos sabemos, los Redentoristas, que tie-

nen asediados a los ricos y a la clase media en competencia con los jesuitas y los del Corazón de María. Piden innumerables asilos ó instituciones, juntas parroquiales, cofradías, monjas, beatas, colegios, frailes de todas clases, Santa Infancia, catequesis, escuelas dominicales... Lo indecible, lo innumerable...

No se puede vivir en casas de alguna apariencia. A cada momento la campanilla anuncia a un pedigrifeño con hábito, llevando de la mano una pobre criatura aspeada, enferma, mal vestida y hambrienta, materia explotable, pretexto para que engorden muchos gándules más ó menos flaminios.

Y luego, las instituciones benéficas oficiales; hasta los obispos, tan ricos, tienden su mano, adornada de suntuoso anillo y piden.

Con esa mendicidad si podría y debería concluir el gobernador en cinco minutos y el gobierno en veinticuatro horas para toda España; pero no haya miedo. Al contrario. ¡Saben ustedes lo que dicen ahora, y no sin razón, los pobres? Pues esto: «Se nos quiere quitar de enmedio para que no hagamos competencia a las beatas y los frailes, que hoy privan como nunca en el gobierno.»

Y dicen la verdad.

Misiones en Alicante

Señor don José Nakens.

Muy señor mío: Las grandes simpatías que usted sabe inspirar a sus lectores, en cuyo número me cuento, ponen hoy la pluma en mis manos para noticiarle algo que creo le interesará a usted en gran manera. Se trata, amigo Nakens, (y perdónese este abuso de confianza) se trata de la salvación de su pobre alma, destinada, al par que la mía, a ser blanco de los tizonazos de Lucifer y familia. Yo bien sé que usted ha resistido hasta ahora el convertirse a pesar de lo provechoso de una conversión en tiempo oportuno; pero yo creo que usted se ha dejado arrastrar por las dificultades de este asunto, dificultades imaginarias desde el momento en que se ha inventado el arte de convertirse, notición que debo a la amabilidad de un loyola que nos está regalando unos... (ya no sé cómo se llaman) vamos, unos sermones sólo para hombres. Ya sé yo que nos envidiará usted estas deferencias de que somos objeto el sexo feo de Alicante. Voy a reseñarle a usted el acto, y estoy casi seguro de que, si se decide usted a darse una vueltita por ésta, oír al berrendo, le hablará Dios en persona, y vuelve usted hecho un santo; yo le prometo costearle la primera novena en su honor con panegírico y todo, que encargaremos a Gil Blas de Santallana.

A las seis y media era la hora indicada para dar principio al acto en la iglesia de Santa María, y a ella encaminé mis pecadores pasos, confieso mi crimen, atraído por el olorillo de aquel «para hombres solamente», y un tanto receloso por mi pudor personal... ¡Se dan tantos flaminios!... Una mesa a la puerta con bandeja y luces me escamaron algo y me hicieron desear un Cristo que arrojará del templo a los nuevos comerciantes a estacazo limpio. Poca luz y entrada floja, pero selecta. Si el buen Padre hubiera conocido como yo a una parte de su auditorio, vira en redondo y se larga a paso ligero, diciendo para su sotana: «Otro talla».

El loyola habla; oígame: «La sociedad está muy mal; estamos al borde de un abismo; los robos se multiplican, los lazcos... de familia se alojan. Dios vengador tiene levantado el brazo de su justicia... Todo hace presentir una hecatombe terrible para dentro de muy poco.» Un amigo mío, también impio, me toca por detrás para llamarme la atención y me da el primer susto creyendo que es el brazo vengador de Dios que descargaba sobre mí. «El mal es muy grande, continuaba el pater, y es mucho peor porque, lejos de apaciguar a Dios, le escarmentamos más, le insultamos más cada día; huiamos de su altar... Pero hay remedio, y vosotros mismos sois buena prueba de ello viniendo hoy aquí a meditar las verdades de la religión.»

Luego diviló a su auditorio en tres clases: los que no creen, los que creen y no obran, y los que creen y practican. Primera clase: los que no creen y leen periódicos irreligiosos, a los que calificó de antisociales y semilleros de crímenes; los que no creen a los curas, y creen, sin embargo, a los que hablan mal de la religión, personas casi todas ellas salidas de presidio. «Si hubiera alguno de esta primera clase entre los que me escuchan, yo le diría: ven acá, pobre hermano mío; ¿gustas tus intereses terrenos a esas gentes que hablan mal de la religión? Claro está que no, me contestarías todos; y, sin embargo, les confías el importantísimo negocio de vuestra salvación eterna. ¡Pobre hermano mío, esa manera de discurrir es muy necia; habrás de reconocer que te iguales a los irracionales! Este argumento, que podrá ser todo lo gratuito que se quiera, pero que no tiene vuelta de hoja, me dejó perplejo: unos sonoros ronquidos de un vecino mío, persona de ilustración reconocida, y concejal por más señas, acabaron de convencerme. A partir de este momento fui hombre al agua, digo, hombre convertido; no me distrajeran ni las amabilísimas anécdotas con que matizó su sermón, ni los varapalos soberbios que dió a los católicos apostólicos romanos que creen y como si no, y que echan pestes contra los evangélicos sucesores del apóstol porque levantan su voz contra el teatro, el baile, la novela y contra ciertas opiniones políticas. El jesuita continuaba repartiendo alfalfa mística a sus bores, pero a mí se me había ya atragantado.

Pensaba en mi interior confesarme y elegía el ministro, asunto por demás serio y difícil, porque yo necesitaba un cura de anchas tragaderas, un cura liberalote y transigente. El del hospital... Pero hoy ese buen señor anda muy ocupado queriendo sacar los demonios del cuerpo no sé por qué procedimiento místico, a una joven espiritista que se le resiste. Mas ¡qué memoria la mía! Mi hombre, digo mal, mi cura, el llamado a oírme a mí, no podía ni debía ser otro que don Luis Maestre, vicario de la Colegiata, un cura muy aficionado a los toros, que le recomiendo y a quien espero felicitará usted por sus últimos arranques. Una señora ya ochentona se enamoró de él y le regaló una friolera, doscientas mil pesetas; éste, repito a usted, era el llamado a ser mi cura. Pero ¡ay! al consultarlo con mi amigo, me enteré que el vicario nos ha dejado plantados a todos, fugándose con una pollita muy conocida; se sustraía que cuega la sotana y hasta se habla de un matrimonio en el que no creo hasta que muera

la vieja por lo menos. Unos alaridos que algún cantico me sacaron de mi meditación y me obligaron a salir del templo completamente convertido, completamente decidido a no leer más que periódicos antisociales, a no tratar más que con perdidos que no crean, a no volver en los días de mi vida a tomar una nueva ración de alfalfa mística.

Quedo como siempre suyo afemo.

ANTONIO S. GONZÁLEZ
Alicante 26 de Marzo de 1900.

EN SEVILLA

Ya van corriendo las calles como galgos en manadas los cofrades, acuchando a quién el dinero sacan. Asombran las cantidades que el Municipio señala para los Cristos y Vírgenes de moda en Semana Santa. Los hay de todos los gustos, los hay de todas las castas, los hay de todos tamaños, con caras buenas y malas. Los muñidores se mueven aporreando las casas; de los estantes oscuros las imágenes se sacan para limpiarles el rostro, quitarles las telarañas, para que salgan a escena decentitas y sin manchas.

La tanda de penitentes al sol sus túnicas saca, y de las casas de préstamos se desempeñan las galas. ¡La cristiandad nos contempla! ¡Se acerca la gran semana! Primero, Cristo en las calles... Luego, toros en la plaza... Y después, y a todas horas, barbaridad é ignorancia. Exposiciones estúpidas de ricas joyas y galas ante un pueblo que no tiene fe, ni religión, ni nada; que se mantiene con hierbas, con aguardiente se mata, que habita entre la miseria y se revuelca en la charca, sin ideal que le guíe ni pan que le satisfaga la necesidad del cuerpo, la necesidad del alma, esas dos necesidades que la humanidad proclama como religión augusta, la más noble y la más santa.

CARRASQUILLA

MANIFESTACIÓN MORALIZADORA

El domingo próximo celebrarán una manifestación en Madrid los señores de la Unión Nacional, acto imponente, dicen, de respeto y enérgica protesta, que refleje cuál es el espíritu del país productor y contribuyente, y que haga ver que la opinión sana de las clases productoras está íntimamente unida para impedir la ruina de la patria.

Aun cuando todavía no está acordado si la manifestación será presidida por Nocedal en representación del integrista, Barrio y Mier en el del carlismo, y el encandernador ese que explota el Niño de la Bola en representación del comercio místico, yo aplaudo la idea.

Ya que no me dieron los señores comerciantes ocasión de elogiarlos cuando pudieron celebrar manifestaciones pidiendo que ningún joven se librara de ir a Cuba, ni siquiera se atrevieron a secundar la que con tal objeto celebraron las madres pobres en Zaragoza, quiero aprovechar la ocasión presente para prodigarles los aplausos que entonces me ahorré.

Y para que se vea hasta qué punto me agrada ese acto pacífico y respetuoso, de los que tanto cacarearon que iban a negarse al pago de los impuestos, único ofrecimiento que encaminó hacia ellos las simpatías del país, voy a darles idea de los signos que deben ostentar en sus banderas:

Una bacalada podrida; una libra de chocolate de ese que no tiene ni remotó parentesco con el cacao, ni el azúcar ni la canela; unos boquerones de los que están en convivencia con las funerarias para poblar los cementerios; un panecillo de 250 gramos de peso reducido a la mitad por disgustos de familia; un trozo de carne coquetamente embutida en una tripa de burro en forma de chorizo de clase superior; una manteca procedente de aquella que extraña a sus víctimas aquel célebre Sacamantecas que ahorraron; un jarro de leche con veinte ó treinta sustancias capaces cada una de por sí de acabar con un cristiano; y, en suma, todo lo que represente engaño, adulteración, morma y sus similares.

Y de este modo, nadie podrá dudar de los fines puramente moralizadores de la manifestación.

Continúa el silencio

Lo del robo de cuatro millones en el colegio de San Calixto en Plasencia sigue complicándose.

Y la prensa madrileña de gran circulación continúa muda.

Esto me confirma en la idea primera,

que los hechos van confirmando, de que hay peces gordos en el ajo.

De lo contrario, nos habría ya puesto en autos esa prensa de quiénes eran y cómo eran, no ya los presuntos autores, sino sus padres y sus abuelos.

Afortunadamente para la causa de la justicia hay dos periódicos en Plasencia, *La Bandera Regional* y *El Dardo*, que se bastan y se sobran para suplir las deficiencias de ciertos periódicos madrileños.

(Y aquí entre paréntesis. ¡Lo que gozaría yo si alcanzase alguna responsabilidad al respetable, y olé, obispo integrista de Plasencia! Sería capaz, en lo álgido de la explosión de mi entusiasmo, hasta de llamarle mamarracho a Nocedal.)

El Señor me oiga.

De acuerdo... de acuerdo

Estaban los fieles en la iglesia de las Maravillas aguardando ver surgir en el pulpito a ese don González, tan charlatán aquí como en Majadahonda, cuando van asomarse por el barandal de la escalera del pulpito y casi a la puerta de éste, a un clérigo medio tambaleándose con señales de inspirado por el santo espíritu... del amilico.

Estupefacción general.

El curita, con voz entrecortada y fatigosa, se arranca con este apostrofe: «Pero, beatas endemoniadas ¿qué habéis venido aquí? ¿Por qué os apretáis como sardinas y estáis con la boca abierta? ¿Es que venís a besar el... al santo, ó se os figura que os va el dar confites?»

«Mas valiera que estuviérais en vuestra casa cuidando a vuestros hijos, maridos ó lo que tengáis ¡holgazanas! ¡estupidas! que se os estarán pegando los garbanos y vosotros ahí con el trasero en las baldosas...»

«Cristo mío, y la que se arma allí! Rozan unos, escaradifranse otros... Las palabras cloco, borracho, no es sacerdote... si, que le conozco yo, es don Fulano», corren por todo el templo.

En la sacristía vacilan, mas por fin se deciden a hacerle bajar del pulpito, lo que consiguen, no sin trabajo.

«Origen de todo aquello? Que en cierta casa rica del barrio había mesa puesta y varios curas se habían ajumado como unos hombres, entre ellos el héroe de la fiesta que, perdido todo freno, habló, exabundancia curdis, como hablarían casi todos los curas y frailes del mundo si se dejaban llevar por lo que bulle debajo de sus coronillas. Excuso decir que hago mías todas las palabras que el amigo dirigió a las beatas, y que le aplaudo por su noble y aflojerada franqueza.

OTRO MENOS

El 16 del presente mes fué conducido al cementerio civil del Ferrol el cadáver del consecuente republicano don Francisco Suárez y García.

Exdiputado de las Constituyentes, exalcalde popular del Ferrol y en la actualidad concejal, periodista y literato, era querido por todos.

Su muerte ha sido muy sentida por cuantos conocían su valer y los grandes servicios que había prestado a la causa de la República.

Aun cuando para saber qué valía, basta con decir que ha habido un periódico jesuitico, *El Correo Gallego*, que no ha querido ni anunciar su entierro.

Pero hay que ser justos; quizás ese papelucho no hubiera obrado así, a no estar dirigido por un canalleja renegado del partido republicano.

Honremos al muerto y escupamos al vivo.

El Chapa ha negado ser español, para defender unos ochavos que le reclamaba su hija.

La única verdad que ha dicho en su vida y el único acto que ha realizado en honor de España.

Milagros de la fe

En la calle Alfonso XII de Sevilla, y a la puerta de la iglesia de San Antonio Abad (hoy parroquia de San Miguel), se fijó a primeros del mes corriente esto:

«EJERCICIOS ESPIRITUALES

PARA SENORAS

en la iglesia de Santa Isabel, bajo la dirección de los R. R. P. de la Congregación del Oratorio. Dará principio el día 21 de Marzo a las 6 de la tarde.

Las horas de distribución para las externas serán de 11 a 1 de la mañana y de 5 a 7 de la tarde.

Para las señoras que quieran hacerlo en CLASURA hay preparado un local independiente en la casa noviciado de la Congregación Filipense de Hijas de María Santísima de los Dolores, donde podrán permanecer también durante todo el día las señoras ejercitantes, que deseando en la posible un completo retiro, se ven obligadas a pernoctar en sus casas.

Unas y otras deben dar aviso con anticipación de algunos días a la superiora de la citada congregación. Las internas llevarán CAMAS (si es posible); TODO LO DEMÁS LE SUMINISTRA LA CASA.

Imprenta de Salvador Acuña.»

¡Oh padres, oh esposos sevillanos! (Me refiero a los que hayan permitido que sus hijas ó sus mujeres pernocten en el local independiente).

Admiro vuestra acendrada piedad, vuestra encantadora sencillez y vuestra inconcebible muchebundia.

No digo una bienaven turanza, cincuenta serían pocas aun para premiar tanto heroísmo.

El que yo no me sienta capaz de imitar vuestra mansa conducta, no ha de impedirme admirarla y enaltecerla.

La Iglesia se nos come

Desde que vino la restauración comenzó la curia romana su labor reivindicadora de las gabelas que se le habían suprimido.

Primeramente logró que por cima de la Agencia de Preces, los obispos y la nunciatura cursarían todas las gracias, produciendo esto al Vaticano *cerca de veinte millones anuales*. El Estado sigue sosteniendo esa Agencia inútil.

Pagamos al Nuncio 8.000 duros anuales y también la Embajada en Roma, porque el Papa es el único soberano a quien hay que sostener los embajadores que envía.

Pagamos 30.000 duros por el Tribunal del Nuncio, unos 5.000 más por otros gastos de su casa, y, pagando todo esto, no dan allí de balde ni una bendición: toda gracia cuesta de seis pesetas a mil ó dos mil, sacando mensualmente para Roma dos ó tres mil duros, sacados al clero pobre, a los que se casan, a las monjas *¡hasta por batiarse!*, a los que piden la bendición de Su Santidad, a todo el mundo: ni ponerse peluca puede un clérigo calvo ¡sin dar ocho duros!

Pagamos las birretas de los Nuncios y demás cardenales por valor de seis mil duros cada una; pagamos las bulas de obispos, arzobispos, chantres, ministros de la Rota y otros agraciados; paga el público las costas en el Tribunal de la Nunciatura, aunque el Estado lo sostiene, costándole 30.000 duros al año.

Cada peregrinación, invento nuevo, y son frecuentes, lleva a Roma de 10 a 15.000 duros, y las hay, como la del jubileo de 1888, que llevó cerca de diez millones.

Así quedaron arregostados los romances, é inventaron otro jubileo episcopal, bodas de plata, bodas de oro, iglesia votiva y otras mil socialías.

Los frailes filipinos han estado contribuyendo con más de un millón cada año y a veces tres ó cuatro, y siempre tenían a Roma descontenta. Los de la Península contribuyen con otro tanto, sacándolo aquéllos y éstos del pueblo español.

Este no deja de enviar anualmente cerca de otro millón en donativos y en legados, más frecuentes y cuantiosos de lo que se oree; palacios, valores, alhajas; un río continuo. Y por si todo esto era poco, los obispos oompten en celo para llevar dinero a Roma. Que no haga ninguno la visita *ad limina* sin diez ó quince mil duros, salgan de donde salieren; que no deje de mandar ningún año de mil a dos mil duros, sean suyos, del olero ó del diablo, porque ni ascenderá, aunque rey y gobierno lo proponga, ni le concederán nada que solicite; pero si el obispo es generoso, podrá abusar de quien quiere, enriquecerse con los acervos, vejar a sus diócesanos, no cumplir con sus deberes y vivir como quiera, y Roma le amparará. De este renglón saca el Vaticano unos 70.000 duros al año (las diócesis son 60), sin contar los extraordinarios.

En resumen, que reunidas las cantidades expresadas, suman TREINTA MILLONES al año que salen de aquí *para no volver*; y eu veinte años que esto viene durando, nos ha sacado Roma bonitamente MÁS DE SEISCIENTOS MILLONES no reproductivos y perdidos para siempre. No sacó, no, tanto en tiempo de Carlos I con anatas, espolios, comunes y excusados.

Y, en tanto, leemos casi a diario noticias como la siguiente, publicada la semana anterior.

«Ha sido hallada muerta, entre unas piedras, al borde del camino de Villabacquerín, una niña que imploraba la caridad: se cree murió de hambre y de frío.»

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo. LOS REYES CON NOTRE, por El Motin. Con láminas. LA INMORTALIDAD DEL ALMA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Sirostnyer. JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id. MONTA SECCETA, ó instrucciones reservadas de los jesuitas. LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz, de Lleja. CARTAS DE TAYLLEBRAND al obispo de Clermont y al abate Maury. CARTA DE TAYLLEBRAND al Papa Pío VII. POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motin.» LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent. MÍSTICAS INMORALES de los jesuitas, sacadas de sus obras. MÍSTICAS PORNOGRÁFICAS de los jesuitas, ídem, ídem. CARTA A EUGENIA, por Frère. O CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent. LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Dirigidas a una junta de doctores, por las cuales fué quemado en alalodil en 1631. CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... chitón, por don Nicolás Díez Pérez. LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»). LA INCLUTIVIDAD Y LA IGLESIA, por Id. LOS MUJERES CONTRA PADRES, por «El Motin.» CURAS Y AMAS, por ídem. GRATIAS DE CURAS, por ídem.

ADVERTENCIA

Si dejase de ir EL MOTIN a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO